

rios es, en concepto del suscrito, la más interesante de cuantas aborda este sustancioso volumen, hay también en él indicaciones utilísimas en cuanto a las asignaturas mismas que debe profesarse en una facultad de filosofía, así como en los estudios preparatorios, con una bibliografía completa y muy al día, a la que pueden recurrir con fruto el estudiante y el profesor a lo largo del currículo. Entre las sugerencias más felices aportadas por José Gaos en este capítulo, figura la de que "la antropología filosófica es una de las disciplinas cuya inclusión en el plan de estudios filosóficos de la Facultad es al par más imperiosa y más urgente". Es el único modo, según dice el autor, de recoger en otra disciplina con nuevo nombre y nuevos horizontes, la psicología racional o filosófica que ha desaparecido prácticamente de la enseñanza, "lo que es un escándalo". Digamos de paso que esta sugestión ha sido felizmente incorporada ya al plan de estudios de la Facultad.

Después de lo dicho, resulta casi superfluo encarecer a todos los estudiosos de la filosofía, cualquiera que sea su grado o etapa en la vida académica, la lectura de este libro, que es una pequeña obra maestra sobre la didáctica de la filosofía.

ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO

*Kant y la escuela de Marburgo*, por Pablo Natorp; trad. y prólogo de Miguel Bueno. Colección de la Fac. de Filosofía y Letras, núm. 5. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1956.

Un opúsculo largamente esperado circula ya en nuestro medio bibliográfico, en una traducción que pretende ser absolutamente fiel al pensamiento de la Escuela de Marburgo, cuya explicación

constituye el objeto de la propia obra. Es una exposición condensada de la actitud que adoptan los marburgueses frente a la doctrina kantiana, tanto en lo que se refiere al problema de continuarla como a la rectificación que históricamente se impone en sus tesis; el escrito en sí es una conferencia sustentada por el autor, en la Sociedad Kantiana de Halle, el 27 de abril de 1912, y se reconoce como una obra clásica en la moderna literatura neokantiana. Su lectura constituye uno de los pasos indispensables en la formación e información de todo filósofo, considerando además el gran número de malentendidos que pululan en torno a la corriente neokantiana, y específicamente a la Escuela de Marburgo, que cuenta con filósofos tan eminentes como el propio Natorp, Hermann Cohen, Cassirer, etc.

No sería remoto afirmar que hay, especialmente en los ambientes latinos, una reacción hacia la Escuela de Marburgo, reacción dirigida en contra del llamado "rigorismo kantiano", y de la concomitante sistematicidad de las doctrinas que han derivado de aquélla. Estos malentendidos sugieren la imagen de un neokantismo rígido y ortodoxo que respeta el texto kantiano como una intocable tradición a la que se debe autoridad. Esta Conferencia demuestra exactamente lo contrario, pues desde sus primeras páginas expresa una contundente refutación al texto kantiano, que hubo de ser superado hasta en sus detalles, al mismo tiempo que afirma con igual contundencia el carácter permanente del método y de su valor como instrumento del filosofar. En torno a la dualidad de conceptos, *filosofía* y *filosofar*, puede reconocerse el sentido general de esta postulación de los neokantianos, que han recho suyo el propósito del Maestro, de "no enseñar una filosofía, sino a filosofar", con un sentido de máxima libertad que permite la refutación de Kant en todos aquellos aspectos que se contradicen con la esen-

cia última y permanente del método trascendental, en el que radica la contribución inmarcesible del filósofo de Koenigsberg.

De acuerdo con este propósito, la Conferencia se desarrolla a partir de una declaración de heterodoxia que revela "cuán palpitante está entre nosotros la filosofía de Kant, sobre la que tanto se ha dicho y escrito que había muerto". Pero al propio tiempo manifiesta "la intención de poner en claro la doctrina de Kant según su genuina estructuración histórica, de comprenderla en virtud de su propio principio y apreciarla por medio de este su principio y no por cualquier otro criterio extraño a ella".

Un aspecto importante de la disertación se refiere a la unidad histórica y evolutiva del criticismo kantiano. Natorp hace localizar sus primeros antecedentes en filosofías tan remotas como la de Parménides y la de Platón, arrancando de ahí para identificar una serie de momentos cruciales en los hombres de ciencia que se han orientado filosóficamente; por ello considera que no sólo los filósofos propiamente dichos, como Descartes y Leibniz, sino también científicos como Galileo, Newton, etc., dieron valiosas aportaciones a la idea general de la filosofía crítica. Recíprocamente, los filósofos neokantianos han tenido especial dedicación a las investigaciones en torno a la experiencia científica. En general, su filosofía puede considerarse como una doctrina de la experiencia.

Si el método representa el núcleo original de la filosofía crítica, y la más significativa aportación al desarrollo de la Escuela, es natural que se le dedique una primera atención. El método trascendental es entendido como método de la síntesis, en lo cual se distingue de aquellos factores que concurren a la producción de la síntesis, sin encararla en su forma original. Por ello se distingue el trascendentalismo, tanto del factor subjetivo psicológico, como del

objetivo metafísico, que resultan de una abstracción, así como del formalismo deductivista, que equivocadamente se ha pretendido atribuir a la filosofía kantiana. Paralelamente a la constitución del método como síntesis trascendental, se estatuye su tarea como la búsqueda de los principios inmanentes de la cultura, sin tratar de imponerlos "desde fuera". Ésta es puntualmente la afirmación de la autonomía frente al aspecto heterónimo del filosofar, en el cual se localizan gran parte de los errores doctrinarios. La existencia del paralelismo objetivo-cultural destruye la ilusión del metafísico, expresada por Kant en su bella metáfora de la paloma. Debe arraigarse en cada uno de los aspectos concretos de la cultura, para "deletrear científicamente los fenómenos" y a partir de esta multiplicidad empírica llegar a la unidad trascendental en que se cifra el *desideratum* explicativo y teórico del filosofar.

La idea de la síntesis impone una revisión de la filosofía kantiana desde el punto de vista de la reflexión trascendental, para refutar en ella todo lo que se manifiesta como una recaída en el subjetivismo o en la metafísica, así como también para distinguir el empleo de ciertos vocablos que provienen de la tradición, y que tienen otro significado en el maestro de Koenigsberg. Uno de los aspectos que más enérgicamente se deben depurar, es el que considera posible lo "dado" al conocimiento, en el sentido de algo que escapa a la primaria y original síntesis de la razón; lo "dado" en Kant no significa otra cosa que un lamentable regreso al metafisicismo, y una contradicción respecto de su propio principio de la "espontaneidad". Como es lógico, la afirmación de lo "dado" se encuentra paralelamente a la idea que supone la integración original y sintética del conocimiento a partir de los principios originales de la razón pura. Por ello es que una ojeada en el desarrollo del pensamiento kantiano revela una interesante evolución

en el sentido de la *síntesis trascendental*, evolución alimentada en una serie de reflexiones, superaciones y rectificaciones, como la *nota del párrafo 26 de la Crítica*, que atinadamente señala Natorp; en ella “se aclara completamente que la unidad de tiempo y espacio, que en la *estética trascendental* había sido adjudicada únicamente a la sensibilidad, debía constituir principalmente aquel carácter diferencial de espacio y tiempo, de la intuición sensible, y que descansa, más efectivamente, en una producción del pensar por medio de la cual el entendimiento determina a la sensibilidad; de ahí que solamente espacio y tiempo pueden ser dados como intuiciones”.

Por último, Natorp se dirige a un examen histórico comparativo de la situación que guardan los neokantianos de Marburgo con respecto a ciertas doctrinas que se incorporan al criticismo, principalmente la obra de Hegel, a quien se le reconocen, como es de reconocer, los grandes méritos que asisten en su obra, pero se le censura, como es también de censurar, la congelación absolutista que le llevó a estatificar el flujo móvil y cambiante —en verdad inasible— de la realidad espiritual, en un injustificable afán de negar el sentido del filosofar como tarea infinita.

MIGUEL BUENO

*Estética e historia en las artes visuales*, por Bernard Berenson; trad. Luis Cardoza y Aragón. Fondo de Cultura Económica, México, 1956.

Importante para quienes estudian *Estética*, esta obra reúne una multitud de juicios y observaciones hilados en el curso de una larga vida entregada a la crítica de arte. Berenson es conocido en el mundo de habla hispana por su libro *Los Pintores Italianos del Renacimiento*, editado en 1955 por “Argos”

de Barcelona. La traducción que ahora presenta el Fondo de Cultura Económica permitirá que un público numeroso venga a conocer, a través de otro libro, la doctrina y, en cierta forma, también el humor personal del notable autor.

El libro se inicia con la advertencia de que hubiera podido intitularse “*Apreciación e Historia en las Artes Figurativas*” de no ser porque “*apreciación* implica el gozo con reflexión inteligente, y aun la meditación más profunda, que puede merecer el epíteto de ‘*intelectual*’, y el derecho a pronunciarse sobre estas cosas se lo han abrogado los catedráticos, produciendo en el crítico el consiguiente temor de ‘*traspasar los límites vedados*’”. La advertencia acusa una prevención frente a gran número de personas que con intereses bastardos se ocupan de la obra de arte, muy concretamente los filósofos, frente a las cuales toma posición procurando destacar la actitud del auténtico amante de la creación artística, capaz de gozarla en lo que tiene de expresión de humanidad puesta en la clave de la técnica respectiva. En algún párrafo dice: “Para ellos, la obra de arte no es un objeto para ser gozado y amado, un enriquecimiento para siempre, sino una ocasión que se ofrece a los pensadores profesionales para deleitarse con su propia agudeza y su propia sutileza y habilidad dialéctica. Son generosos y les gustaría competir con nosotros el placer que sacan de ejercitar sus facultades en la obra de arte.” El filósofo tiene preocupaciones que no son las del genuino crítico, ni siquiera las del hombre común que desea únicamente sumergirse en las linfas de la realidad creada.

Berenson habla en su libro del fruto habido en una experiencia de muchos años, al cabo de los cuales se atreve a definirse con palabras de Platón, como *philodoxos*, porque es de aquellos “que se deleitan con las voces bellas, con los colores bellos, con las formas